De Pichincha a Ayacucho:

DE LA DECISIÓN OPERATIVA A LA CONCLUSIÓN ESTRATÉGICA

Coronel Galo Cruz

https://historiamilitarecuador.com/producto/bicentenario-de-la-independencia-del-ecuador/

1

Las guerras de la independencia y su problemática

Si existe un evento histórico común y central en la historia de los pueblos suramericanos, es sin duda aquel proceso que significó la independencia de España y determinó el nacimiento de los nuevos Estados republicanos, a partir de la consolidación de élites políticas y económicas criollas, que vieron mermado su poder y fortuna con el influjo autocrático de la potencia peninsular. Las causas, consecuencias y la naturaleza misma de estas luchas libertarias fueron explicadas, casi siempre, desde perspectivas tradicionales. Sin embargo, ya a finales del siglo XX se comenzó a reinterpretar y renovar la historia de las independencias y en ese sentido, fueron colocadas en escena posturas con mayor rigurosidad investigativa, asignando una mayor importancia al sentido crítico de la historia.

Según sostiene Manuel Chust (2010:13,14), en las tres últimas décadas se han registrado importantes avances en la historiografía sobre las independencias, a pesar de la presencia de aspectos desequilibrantes en las investigaciones y en este sentido, establecen cinco elementos cen-

1 Capitulación de Ayacucho" (1924), cuadro del pintor Daniel Hernández Morillo. https://cdn-back.banrepcultural.org

trales que configuran esta problemática. Un primer elemento constituye la preeminencia de estudiar los casos dominantes; en segundo término, la distorsión que puede presentarse cuando se confunden los casos historiados con perspectivas de fronteras de los Estados nacionales; tercero, el leer la historia desde una perspectiva presentista, la puede volver ahistórica; cuarto, la difícil relación entre el análisis del método histórico con las posiciones nacionalistas de corte ideológico político, en las cuales los historiadores nacionales de talante conservador se refugian en el criterio de «nuestra historia», cuando hablan de lo nacional y a decir de Chust, ventajosamente este criterio comenzó a quebrarse y como quinto elemento, un cierto desequilibrio que se presenta entre las historiografías nacionales y regionales.

Entre los estudios que buscan caracterizar con mayor profundidad los acontecimientos que marcaron la independencia de los pueblos suramericanos con relación al dominio de la nación española[2], se encuentra el desarrollado por Clément Thibaud[3], quien considera que la emancipación debe pensarse en términos dinámicos y no estructurales, relievando los papeles disociador y coagulador de la guerra, toda vez que "la dinámica de la guerra produce nuevas líneas divisorias y lleva a la construcción de nuevas identidades [...] la dinámica de la guerra da consistencia a las identidades construidas en el discurso [...] La guerra divide, pero reúne a la vez" (Thibaud, 2002: 34,35).

En este sentido, este historiador francés plantea cuatro proposiciones, para vincular la relación entre la dinámica de guerra y la identidad política: 1) Las guerras de independencia deben plantearse dentro del marco de ruptura revolucionaria militar occidental. 2) Estas fueron, al principio, guerras cívicas. 3) Solamente después, se transforman en guerras civiles. 4) Al final fueron una guerra nacional.

Las guerras de la independencia constituyeron entonces unos cruentos enfrentamientos entre dos poderes fundamentales, el primero representado por los combatientes por la independencia, el segundo por las fuerzas realistas, partidarias de la continuación del dominio español y, en medio de éstas, la población que estuvo atrapada en el conflicto bélico por lo que, de manera voluntaria u obligada, se colocó a favor de uno de los dos bandos.

Como producto de la dinámica bélica, los pueblos que se encontraron en los teatros de operaciones y escenarios de batalla, soportaban la carga económica para mantener los ejércitos participantes. Por ello, O´Donnell, sostiene que la guerra emancipadora no estaba reducida a lo que la historia oficial afirma, esto es "una lucha entre los patriotas americanos y

2 Según la Constitución de Cádiz 19 de marzo de 1812 y que estaba vigente en el Trienio Liberal (1821-1823), España era definida como "Nación española" y en su artículo 1, se prescribía lo siguiente: "La Nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios".

3 Doctor en Historia e investigador del Instituto Francés de Estudios Andinos. Catedrático de historia en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS) de París.

los ejércitos del Rey de España, sino una guerra civil y social entre americanos partidarios de la autonomía o de la independencia y americanos que sostenían la causa del Rey" (O´Donnell, 2021).

Guayaquil y Quito, dudas y definiciones

El espacio territorial del sur de (la Gran) Colombia[4], con sus tres núcleos vitales: Quito, Guayaquil y Cuenca, entraba en un período de definiciones políticas, con una activa ambición de Nueva Granada y Perú, por añadirles a sus territorios o por lo menos, para incorporarles en su área de influencia; en este sentido, según señalaba Salvador de Madariaga: "Dueño ya de Venezuela, Bolívar volvió la vista al Sur, en que soñaba sin cesar desde que había visto la estrella de San Martín elevarse por encima de los Andes [...] los obstáculos eran formidables. Quito era republicano; pero Popayán, la Salamanca de Colombia, vacilaba, mientras que Pasto y Patia, realistas acérrimos, cerraban el camino del Sur" (De Madariaga, 1979: 145).

En realidad, los intereses granadinos actuaban con celeridad para consumar su preeminencia en la recién estructurada Colombia. En 1821, durante el Congreso de Cúcuta, este nuevo Estado se había integrado oficialmente con la conjunción de Venezuela y Nueva Granada, quedando fuera Quito.

Otro aspecto conflictivo era la posición de Guayaquil, que desde su revolución de 1820 había inquietado a Simón Bolívar, ya que existía la posibilidad de que se declare como un Estado independiente o se adhiera al Perú. En ese contexto, el 20 de diciembre de 1820, se había suscrito el acta firmada por José Joaquín de Olmedo, en la misma que Guayaquil se declaraba bajo la protección del general José de San Martin, capitán general del ejército libertador del Perú; en este documento, en sus elementos más importantes, se manifestaba lo siguiente:

> "Artículo I. La provincia de Guayaquil por su situación limítrofe entre los Estados del Perú y de Colombia, conservará su Gobierno independiente [...] hasta que los Estados del Perú y Colombia sean libertados del Gobierno español. En cuyo caso queda en entera libertad para agregarse al Estado que más le conviniese. Artículo II. La provincia de Guayaquil se declara durante la guerra en el Perú bajo la protección del Excelentísimo Señor Capitán General del ejército libertador. Artículo III. El Gobierno de Guayaquil reconoce al Excelentísimo Señor Capitán General del ejército libertador del Perú, por General en Jefe de las tropas de línea de mar y tierra de la Provincia. Artículo IV. Todas las tropas de línea de mar y tierra existentes en la provincia de Guayaquil se considerarán como una División del ejército del Perú a las órdenes del Gobierno de dicha provincia, en cuanto sea relativo a la seguridad interior y defensa de ella [...]" (Vernaza, 1894: 209, 210).

4 El término "Gran Colombia", es un arbitrio historiográfico para evitar confusiones con el actual Estado colombiano.

Al año siguiente, el 15 de mayo de 1821, los guayaquileños se declaraban bajo la protección de Colombia, sobre la base de un tratado firmado con el general Antonio José de Sucre, en el mismo que se especificaba:

> "Artículo II. La Junta Superior de Guayaquil declara la provincia que representa, bajo los auspicios y protección de la República de Colombia. En consecuencia, confiere todos sus poderes a S. E. el Libertador Presidente para proveer a su defensa y sostén de su independencia [...] Artículo IV. La República de Colombia ofrece sus tropas, sus armas, sus recursos y sus hijos para la defensa y libertad de Guayaquil y de todo el Departamento de Quito [...]" (Vernaza, 1894: 212,213).

La situación de Guayaquil se tornaba importante y a la vez ambigua, en virtud de la posición geoestratégica del puerto, así como por el poder económico generado mediante el importante movimiento comercial en el Pacífico Sur, situaciones ante las cuales Perú y Colombia se encontraban interesados y expectantes. Además, los principales personajes públicos guayaquileños se habían agrupado en torno a tres partidos: un bando filo peruano, otro favorable a la unión con Colombia y, posiciones apegadas a una total independencia ante los dos poderes regionales.

En esas circunstancias y de una manera directa, el Libertador escribió una carta concluyente a José Joaquín de Olmedo, presidente de la Junta de Gobierno de Guayaquil, fechada el 22 de enero de 1822. En esta misiva evidenciaba su determinación y exigencia para que Guayaquil se integre a Colombia, expresando lo siguiente:

> "Una ciudad con un río no puede formar una nación: que tal absurdo sería un señalamiento de batalla para dos estados belicosos que lo rodean [...] Colombia ha enviado allí sus tropas para defenderla; mientras que el Perú ha pedido auxilios a ella. Quito, no puede existir sin el Puerto de Guayaquil, lo mismo Cuenca y Loja. Las relaciones de Guayaquil son todas con Colombia [...] Me he determinado a no entrar en Guayaquil, sino después de ver tremolar la bandera de Colombia" (Bolívar, 2009: 191,192)

El actual territorio ecuatoriano significó ciertamente un escenario de guerra en el que, una vez derrotadas las fuerzas favorables al rey de España, se constituyó inmediatamente en la base desde la cual se organizaron y equiparon los ejércitos libertarios que decidieron la suerte del Perú y sellaron la independencia suramericana.

En el transcurso del año 1822, la guerra por la independencia suramericana cambiaba favorablemente para los patriotas, en especial luego del triunfo obtenido en la batalla de Pichincha y por ello, el día siguiente, el 25 de mayo, era ciertamente un día diferente para Suramérica. Su significado político y estratégico no solo se debía a la magistral victoria lograda por las tropas que conformaron el ejército libertador, sino también porque los esfuerzos por la liberación de los pueblos estaban dando sus frutos; era así como se estaba consolidando una exitosa empresa bélica.

El día 25, el general de brigada[5] Antonio José de Sucre ocupaba triunfalmente la ciudad de Quito, capturando más de 1.100 prisioneros, además de importantes pertrechos militares, entre los que se destacaban 14 piezas de artillería. Días después, se firmaba el Acta de Independencia de la Provincia de Quito, en la misma que se establecía su deseo de unirse a Colombia[6]. Esta situación, según la describía Daniel O´Leary[7], edecán del Libertador, ascendido a teniente coronel, en la batalla del Pichincha y testigo privilegiado de esos acontecimientos, era un asunto problemático, en especial por la diferencia geográfica, cultural y sobre todo por los intereses incompatibles entre Quito y el Estado colombiano:

> "Cuando el general Sucre ocupó la ciudad después de la capitulación invitó [...] a que declarasen por un acto solemne la unión de las provincias que constituían la antigua presidencia de Quito a la República de Colombia, [...]. Enajenados de gozo los quiteños, [...] acaso con más entusiasmo que reflexión y prudencia, sellaron definitivamente su suerte política, anexando sus provincias al territorio de la república el día 29 de Mayo. La utilidad de la medida era cuestionable, porque nada tenían de común los naturales de Quito con los de las secciones del Norte. Sus hábitos, inclinaciones, gustos, todo era diferente [...] (O´Leary, 1919: 252,253).

Había pasado poco tiempo de la batalla de Pichincha y los resultados eran inmediatos. Se pudo aliviar la situación del Libertador, el mismo que luego de haber logrado un éxito difuso en el combate de Bomboná, en abril del 1822, con sus tropas diezmadas y hostigadas por el enemigo, a pesar de haber recibido refuerzos, no lograba pasar desde Pasto hacia el sur por la oposición que le presentaban las fuerzas realistas del coronel Basilio García, apoyados por los habitantes del sector. Al conocerse la capitulación de Melchor Aymerich, el comandante español envió como emisarios a los coroneles Pantaleón Fierro y Miguel Retamal, para arreglar su rendición al Libertador.

Simón Bolívar impuso una capitulación benevolente a los contingentes de Pasto, la cual no fue agradecida ni entendida por ellos. El teniente coronel irlandés Daniel O´Leary, describía la realidad social imperante en esa conflictiva región:

> "Cuando los indios pastusos felicitaron a Bolívar por su llegada, él les demostró los grandes beneficios que les resultarían de la constitución de la República, y les aseguró su protección, [...]. Le contestaron que sólo deseaban continuar pagando el tributo. El pago de seis a nueve pesos por los varones de diez y ocho a cincuenta años, les libraba de cualquier otro impuesto. [...] Grande fue el contraste que presentaron los habitan-

5 Antonio José de Sucre había sido ascendido en agosto de 1819 al grado de general de brigada y en junio de 1822 fue promovido al grado de general de división.

6 Dos años después, el 11 de junio de 1824, el Congreso de Colombia decretaba la aprobación de la incorporación de Quito.

7 O´Leary fue promovido a teniente coronel, luego de la batalla de Pichincha y después de la batalla de Tarqui y los convenios de Girón, en 1829, fue ascendido a general de brigada.

tes de Quito y Pasto en el curso de esta campaña; aquéllos odiaban tanto a los realistas como éstos a los colombianos" (O´Leary, 1919: 241, 249).

Encuentro de San Martín y Bolívar. El primer y último abrazo.

En lo que parecía la reunión más importante que se daría en el continente, durante el siglo XIX, los dos líderes de la libertad suramericana, José de San Martín y Simón Bolívar, acordaron reunirse en un sitio clave para los destinos de la unidad regional y esto sucedió en el puerto de Guayaquil. El encuentro no solo era decisivo para el futuro del proceso libertario, sino también para la integración regional y el futuro inmediato de los pueblos suramericanos.

El militar, historiador y político argentino, Bartolomé Mitre al referirse a este acontecimiento, manifestaba la relevancia histórica del mismo:

> "El encuentro de los grandes hombres que ejercen influencia decisiva, en los destinos humanos, es tan raro como el punto de intersección de los cometas en las órbitas excéntricas que recorren [...] Tal sucedió con San Martín y Bolívar, los dos únicos grandes hombres sud-americanos, por la extensión de su teatro de acción, por su obra, por sus cualidades intrínsecas, por la influencia en su tiempo y en su posteridad [...] Sin la acción concurrente de ambos, el éxito militar de la independencia sud-americana, era imposible [...]" (Mitre, 1890: 602,603).

Ilustración 1. Encuentro de José de San Martín y Simón Bolívar en Guayaquil.
Fuente: Autor desconocido. Archivo Histórico Riva-Agüero. Lima.

A inicios del año 1822 ya se había previsto el encuentro de los dos líderes y San Martín había partido incluso desde el Callao, el 8 de febrero de 1822 para encontrarse con Bolívar; sin embargo, a mitad de camino se le informó que el Libertador se dirigía al sur por Pasto, fracasando este primer intento.[8]

Posteriormente, en un intercambio de comunicaciones, el Libertador había informado y a la vez advertido a San Martín, sobre el éxito de su campaña militar y la intención de actuar en el Perú. En ese sentido, Bolívar, desde su Cuartel General localizado en Quito, le escribía el 17 de junio de 1822:

> "Tengo la mayor satisfacción en anunciar a V. E. que la guerra de Colombia está terminada, y que su ejército está pronto a marchar donde quiera que sus hermanos lo llamen, y muy particularmente a la patria de nuestros vecinos del Sur, a quienes por tantos títulos debemos preferir como los primeros amigos y hermanos de armas [...]" (Vernaza, 1894: 259).

El general San Martín respondía esta misiva, apelando a la unidad de esfuerzos y aceptando la participación colombiana en la liberación del Perú; además, algo muy importante, manifestaba su intención de dirigirse a Guayaquil y encontrarse con Bolívar en la ciudad de Quito. En lo más importante indicaba:

> "Los triunfos de Bomboná y de Pichincha, han puesto el sello a la unión de Colombia y del Perú; asegurando al mismo tiempo la libertad de ambos Estados. El Perú es el único campo de batalla que queda en la América, y en él deben reunirse los que quieran obtener los honores del último triunfo. [...] Yo acepto su oferta generosa [...] el Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas de que pueda disponer V. E. á fin de acelerar la campaña y no dejar el menor influjo a las vicisitudes de la fortuna [...]. Antes del 18 saldré del puerto del Callao, y apenas desembarque en el de Guayaquil, marcharé a saludar a V. E. en Quito. [...] nos veremos, y presiento que la América no olvidará el día en que nos abracemos [...]" (Vernaza, 1894: 260).

Simón Bolívar, luego de la celebración del triunfo de Pichincha, se dirigió hacia Guayaquil y entró el 11 de julio en la ciudad, acompañado de aproximadamente 1.500 efectivos y su tarea fundamental se orientó a persuadir a los guayaquileños para que se unan a Colombia; en cambio San Martín, previo a su llegada al puerto, adelantó a una escuadra de navíos bajo el mando del almirante Blanco Encalada, con la misión, de embarcar a la división auxiliar argentino–peruana que se había empleado en Quito. Cuando San Martín se dio cuenta, Bolívar se le había adelantado y la suerte de Guayaquil ya estaba decidida.

8 La agenda que San Martín había previsto abordar, se refería a los siguientes temas: "El arreglo de la situación de Guayaquil, el acuerdo de las operaciones militares para decidir de un golpe la guerra de Quito y la del Perú, y la fijación de la forma de gobierno [...]" (Mitre, 1890: 610,611).

San Martín partió del puerto de Callao el 14 de julio en la goleta Macedonia, llegando el día 25 a la isla Puná; el 26 desembarcaba en el puerto de Guayaquil, siendo recibido por Bolívar con los honores de su alto rango.

Tal como sostiene Kohan (2003: 36), en la reunión mantenida en Guayaquil por los libertadores del sur y norte suramericano, si algo imperó fue el secreto, ya que los dos momentos en que estuvieron juntos, Bolívar y San Martín, lo hicieron a solas, sin testigos y, además, los temas tratados y los pormenores de los mismos, no fueron revelados por ellos. Todos los intentos por develar lo que ocurrió en la entrevista, no han pasado de ser especulaciones y en muchos casos documentos apócrifos que, a falta de pruebas, rodean de un mayor misterio a esta reunión.

En uno de los escasos documentos confiables, esto es la carta escrita por el Libertador el 29 de julio de 1822, al general Francisco de Paula Santander, desde Guayaquil, le manifiesta su parecer sobre la reunión que acababa de mantener con el general José de San Martín; en ella realizaba una apreciación personal de este decisivo encuentro:

> "Antes de ayer por la noche partió de aquí el General San Martín después de una visita [...] se puede llamar visita propiamente, porque no hemos hecho más que abrazarnos, conversar y despedirnos. Yo creo que él ha venido por asegurarse de nuestra amistad, para apoyarse con ella con respecto a sus enemigos internos y externos. [...] He logrado con mucha fortuna y gloria, cosas muy importantes: primera, la libertad del Sur; segunda, la incorporación a Colombia de Guayaquil, Quito y las otras provincias; tercera, la amistad de San Martín y del Perú para Colombia; y cuarta, salir del ejército aliado que va a darnos en el Perú gloria y gratitud, por aquella parte. Todos quedan agradecidos, porque a todos he servido, y todos nos respetan, porque a nadie he cedido [...] Ya no me falta más que retirarme y morir" (Bolívar, 2009: 195-197).

Tras la histórica reunión, la situación cambió sustancialmente, en especial para José de San Martín, uno de los personajes más importantes de la historia regional; Albi de la Cuesta, desde una perspectiva española, concluye el resultado de ese primero y último abrazo de los líderes suramericanos:

> "San Martín puso término a su papel en la Emancipación. Con su retirada de la escena, la causa independentista perdía a uno de sus más distinguidos dirigentes. Libertador de Chile y de una parte del Perú, creador del excelente instrumento que fue el Ejército de los Andes, fue el responsable de la maniobra genial que le llevó de Mendoza a Lima, pasando por Chacabuco y Maipú. Sin él, las campañas emancipadoras podrían haber tomado un rumbo distinto [...]". (Albi de la Cuesta, 2019: 380)

Lo que sí, para el Libertador del Norte y el Protector del Sur, significó el principio del fin de sus gloriosas y atribuladas existencias. Posteriormente a la entrevista y, pese a que Bolívar preparaba la decisión militar en Perú, los dos líderes pensaban y expresaban la inminencia de su reti-

ro. Años de luchas políticas y de cruentos combates, en todo tipo de clima y circunstancia, ciertamente habían mermado la salud de los próceres.

Los ejércitos libertadores convergen hacia el Perú

La situación político–estratégica del Perú era diferente a los demás pueblos suramericanos. Durante los siglos coloniales, representó un rol clave, a manera de epicentro del dominio español, afirmado en la riqueza económica, especialmente generada a partir de la producción de minera, así como en la importancia cultural y militar que España le asignó. Todas estas condiciones empezaron a deteriorarse y se complican más aún cuando en 1817 las fuerzas realistas estacionadas en Chile fueron derrotadas en la batalla de Maipú y se rinden a los ejércitos patriotas, al quedar abandonadas, sin el apoyo de Lima.

A partir del año 1820, cuando en el Perú el influjo libertario adquiere una mayor dinámica, la situación cambia y se vuelve un territorio de guerra, con todo lo que eso implicaba. Los años siguientes se tornan difíciles y como nos refiere Juan Orrego (2012: 229) sucede una guerra civil y a la vez guerra de ocupación.

En este escenario territorial, con una notable diversidad social y sobre todo étnica, el Perú pasó a ser el epicentro del gran conflicto; allí convergieron las fuerzas del norte y del sur de la región suramericana, empeñadas en la resolución de una guerra que significó miles de pérdidas humanas y destrucción material, dejando para el futuro del país, una estela de revanchismos, disputas y odios.

El aparecimiento en el escenario peruano del general José de San Martín, modificó totalmente la situación político-estratégica; el líder argentino había llevado la guerra independentista al Perú, desde el 20 de agosto de 1820, cuando se embarcó con sus reducidas tropas y una flota improvisada en Valparaíso y el 8 de septiembre desembarcaba en territorio peruano, en la bahía de Paracas. Ese mismo día, desde su Cuartel General en Pisco, lanza su célebre proclama:

> "¡Soldados del Ejército Libertador! Ya hemos llegado al lugar de nuestro destino, y sólo falta que el valor consume la obra de la constancia; pero acordaos [...] que no venís a hacer conquista, sino a libertar a los pueblos. [...] Todo el que robe o tome por violencia, de dos reales para arriba, será pasado por las armas, [...]. Todo insulto contra los habitantes del país sean europeos o americanos, será castigado hasta con la pena de la vida [...] ¡Soldados! Acordaos que toda la América os contempla en el momento actual, y que sus grandes esperanzas penden de que acreditéis la humanidad, el coraje y el honor que os han distinguido siempre" (Signoli, 1978: 278).

El virrey del Perú, Agustín de Pezuela, confiado en poder movilizar más de 20.000 efectivos contra San Martín, concentró sus fuerzas en torno a Lima y el Callao, buscando ante todo fortalecer sus fuerzas y

recibir apoyos exteriores, lo que cada vez era más difícil. La situación de conflictividad al interior del bando realista escaló, cuando el 29 de enero de 1821, el general José de Canterac, jefe del Estado Mayor, junto con el entonces coronel Gerónimo Valdés, lideraron el pronunciamiento de Aznapuquio, en el cual se destituyó al virrey, acusándole de inoperancia al concentrar las fuerzas en Lima y haber abandonado la sierra, así como otras decisiones erradas y se designó al teniente general José de la Serna, como nuevo virrey, lo que posteriormente fue aceptado y ratificado desde Europa.

En julio de 1821, el nuevo virrey evacuó sus fuerzas de Lima, y luego se trasladó a Jauja y a finales de año estableció su sede de gobierno en el Cuzco. Mientras tanto, San Martín, después de la proclama de Pisco, trató de reunirse con las autoridades realistas, fracasando las dos iniciativas en septiembre de 1820 y en junio de 1821, luego de lo cual entró triunfalmente en Lima el 10 de julio de 1821. Días después, el 14, dirigía una comunicación al Cabildo de Lima, apremiándole para que convoque a una junta general, en la que se manifiesten si la opinión mayoritaria estaba de lado de la Independencia y el Cabildo respondía afirmativamente, mediante un acta certificada del día 15, en la misma que constaba expresamente "Que la voluntad general está decidida por la independencia del Perú de la dominación española y de cualquiera otra extranjera" (Signoli, 1978: 281).

En su intervención realizada ante el pueblo limeño, en la Plaza de Armas, el 28 de julio de 1821, San Martín proclamaba la independencia del Perú, en estos términos: "El Perú es, desde este momento, libre e independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende". El 3 de agosto del mismo año, asumía "el mando político y militar de los departamentos libres del Perú bajo el título de Protector" (Basadre, 2014: 37), asegurando además que presentaría su dimisión cuando el territorio peruano sea libre. En realidad, la situación de la guerra de emancipación en esta nación, todavía estaba por resolverse.[9]

En lo que restaba de 1821, San Martín trató de convencer a los principales actores políticos peruanos sobre lo viable de su proyecto monárquico, lo cual fue siempre rechazado; además se convocó a la ciudadanía para elegir un Congreso Constituyente, el cual iniciaría su funcionamiento en septiembre de 1822, siendo presidido por Francisco de Luna Pizarro y en el mismo estaban representadas las tendencias e intereses de las principales fuerzas políticas, presentándose posiciones contrarias sobre el camino que se debía tomar.

9 Las fuerzas patriotas solo habían consolidado su posición en los departamentos de Lima, Tarma, Huaylas, Trujillo y La Costa; la mayor parte del extenso territorio peruano seguía en manos realistas, con un fuerte apoyo de los nativos de esos lugares.

San Martín sale del escenario político. Llega el Libertador.

En su discurso ante el Congreso, José de San Martín ya vislumbraba las dificultades a las que se enfrentaría el Perú, así como también anunciaba su retiro del escenario político, posiblemente aceptando que era la hora de Bolívar:

"La presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible a los Estados que de nuevo se constituyen. Por otra parte, ya estoy aburrido de oír decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, estaré pronto a hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y no más…" (Basadre, 2014: 38, 42).

San Martín abandonó el 21 de septiembre de 1822 el Perú, embarcándose rumbo a Chile. De allí continuaría a Europa, viviendo un autoexilio que lo mantuvo al margen del escenario político americano, dejando un vacío de liderazgo que ciertos caudillos aprovecharon inmediatamente.

En Lima, como producto del Congreso Constituyente, se designó a tres diputados para que asuman el primer gobierno, en calidad de Junta Gubernativa del Perú; estos fueron: José de la Mar, Manuel Salazar y Baquíjano y Felipe Antonio Alvarado. Sobre este particular, la opinión de Simón Bolívar, expresada en una carta escrita al general Francisco de Paula Santander, desde Loja, el 11 de octubre de 1822, indicaba su posición ante el nuevo gobierno y a la vez formulaba una rápida apreciación de los problemas que se venían en el futuro inmediato:

> "El Congreso se instaló el 20 del pasado y San Martín se ha ido para Chile el 21, después de hacer sus renuncias y sus proclamas. El General La Mar está nombrado de presidente de un triunvirato […]. La Mar es el mejor hombre del mundo, porque es tan buen militar como hombre civil; es lo mejor que yo conozco; pero la composición del gobierno es mala porque el Congreso es el que manda, y el triunvirato es el que ejecuta… Yo preveo funestísimas consecuencias de un principio tan vicioso. El general Alvarado manda el ejército […] es un general muy nuevo. El ejército […] está muy mal compuesto […] los jefes son en gran parte viciosos, y facciosos de modo que Alvarado va a tener muchas dificultades que vencer. Tanto a Alvarado como a La Mar voy a escribirles animándolos a la empresa y ofreciéndoles toda protección […]. Añada Vd. a todas estas dificultades, que el enemigo se acerca a Lima" (Bolívar, 1822: 307,308).

La situación para las fuerzas realistas también se veía complicada. Al efectuar un análisis de la situación militar a finales del año 1822, Albi de la Cuesta concluía que:

> "El balance de 1822 fue, una vez más, negativo para los realistas, que habían perdido un nuevo territorio, Quito. Bien es verdad que en Venezuela su causa había tenido una asombrosa recuperación, pero estaba condenada a ser transitoria, a falta de refuerzos, impensables habida cuenta de la situación en la Península. En el Perú, el regreso de las tropas que habían combatido con Sucre y el desembarco de unidades

colombianas parecía indicar que sus enemigos se disponían a darles el golpe de muerte" (Albi de la Cuesta, 2019: 321).

Para el año 1823, la situación de la guerra independentista entraba en una etapa de decisiones y mientras se consolidaba la causa de la libertad en el norte y sur de la región suramericana, en cambio, en el Perú se tornaba difícil para los dos bandos; la diferencia era que Colombia comenzó a tomar decisiones importantes y enviar tropas y recursos; en cambio las fuerzas realistas estaban cada vez más aisladas.

Los inicios de este año fueron difíciles para el Perú; la situación política, económica y militar, se complicaba y la causa de la independencia corría peligro. Las tropas patriotas experimentaban deserciones: la economía estaba destruida, los caudillos y en general los políticos defendían prioritariamente sus intereses y creían que eran la mejor carta para gobernar la nación peruana. A esto se sumaron las sucesivas derrotas sufridas por los patriotas, en las batallas de Torata y Moquegua, los días 19 y 21 de enero, en el marco de la llamada primera campaña de Puertos Intermedios; los generales españoles José de Canterac y Gerónimo Valdés, escogieron el campo de batalla, atrajeron a las fuerzas patriotas hacia Torata y Moquegua, y allí aniquilaron a las fuerzas del general Rudecindo Alvarado.

Estas derrotas generaron efectos negativos en las fuerzas libertarias; fue destituido el gobierno de La Mar[10] y nombrado como primer presidente del Perú, José de la Riva Agüero.[11] En el mismo año, entre mayo y agosto, se desarrolló la segunda campaña de los Puertos Intermedios, la misma que también fue favorable para el Ejército Real del Perú, provocando la entrada en Lima de Canterac el 18 de junio y generando incertidumbres y dudas sobre el futuro de la independencia peruana e incluso andina. Natalia Sobrevilla caracteriza estos álgidos momentos: "La derrota en estas dos batallas resultó en la completa destrucción del ejército construido con tanto esfuerzo y liquidó casi todos los batallones llegados desde el Río de la Plata, sus jefes se dispersaron y las tropas fueron donde pudieron… Solo algunos hombres volvieron a Lima." (Sobrevilla, 2021: 127).

Mientras tanto, Simón Bolívar había construido una fuerza militar sólida en el actual territorio ecuatoriano, aprovechando los recursos de Quito, Guayaquil y Cuenca; todo esto con miras a la defensa del sur de Colombia, así como a utilizar estas tropas en la liberación del Perú.

En este contexto, el general Antonio José de Sucre desembarcaba en Callao, el 2 de mayo de 1823; llegaba al mando de 6.000 efectivos; era

10 El gobierno de La Mar, había dispuesto el retorno a Colombia de una fuerza de 1.400 veteranos, que conformaban la División Auxiliar de Colombia y estaban bajo el mando del general venezolano Juan Paz del Castillo, lo que había mermado la capacidad de las fuerzas libertarias.

11 "En realidad tanto Torre Tagle como Riva Agüero eran militares de salón y si bien tenían grados importantes y habían sido parte de la milicia desde su infancia no tenían un solo día de experiencia real de combate. Torre Tagle, quien ya era Gran Mariscal, juró en el cargo como primer presidente del Perú a Riva Agüero" (Sobrevilla , 2021, pág. 129).

claro que su misión involucraba tratar de salvar a lo que quedaba del ejército peruano y, además, generar las condiciones propicias para la inminente llegada del Libertador.

La llegada de Sucre, poseedor de un importante prestigio político y militar, así como de la plena confianza del Libertador, tranquilizó en algo los ánimos peruanos; su trabajo fue incesante y trató de entender la verdadera situación a la que se enfrentaba, la misma que era sumamente compleja y a su entender, únicamente la llegada del Libertador modificaría el escenario.

El 14 de mayo de 1823, el Congreso peruano decretaba un pedido para que Bolívar se dirija rápidamente al Perú; en lo más importante del documento, se indica que:

> "El Congreso Constituyente del Perú. Por cuanto se haya enterado de que a pesar de la repetida invitación del presidente de esta república al Libertador presidente de la de Colombia, para su pronta venida al territorio, la suspende por faltarle la licencia del Congreso de aquella república [...] decreta. Que el presidente de la república suplique al Libertador presidente de la de Colombia haga presente a aquel soberano Congreso, que los votos de el del Perú son uniformes y los más ardientes porque tenga el más pronto efecto aquella invitación [...]" (Quirós, 1831: 350).

El día siguiente de que el Congreso peruano emitiera esta súplica, el general Antonio José de Sucre, nombrado por el Libertador como ministro plenipotenciario en el Perú, caracterizaba la situación de manera dramática:

> "El ejército no tiene jefes: el país está tan dividido en partidos como están las tropas de los diferentes Estados que las forman; el Congreso y el Ejecutivo están discordes y esto no puede tener buen resultado; no hay subsistencias para la tropa y las pocas que se adquieren se invierten mal... En fin, mil males asoman para presagiar que todo se desbarata y en un desmoronamiento la división de Colombia será parte de las ruinas" (Sucre, 2009: 148).

Simón Bolívar tenía clara la responsabilidad que asumía al concentrar las responsabilidades y por supuesto, las expectativas de los pueblos del occidente suramericano para sellar la independencia. La salida de escena de San Martín, exigían que evidencie su poder y capacidad de decisión y para ello debía enfrentarse a muchos problemas internos, en especial al protagonismo que iban adquiriendo los nuevos caudillos locales, cada cual con aspiraciones más allá de sus capacidades. Por ello el tiempo de actuación se tornaba muy corto y se debía obrar con celeridad y al fin, mediante decreto del 5 de junio de 1823, el Senado colombiano autorizaba a Simón Bolívar, para dirigirse al sur, al mando de las tropas, para defender la libertad e independencia del Perú.

El 18 de junio, sin encontrar resistencia, las fuerzas del virrey José de La Serna bajo el mando del mariscal de campo José de Canterac[12],

12 Al año siguiente, luego de la victoria de Manquehua en enero de 1823, el mariscal Canterac fue promovido al grado de teniente general, que equivale a general que manda un cuerpo de ejército

entraron en Lima; en realidad, el ejército patriota estaba conformado en su mayoría por reclutas y abandonó esta plaza que era importante políticamente, aunque en lo estratégico no tenía un significado concluyente, ya que la guerra se decidiría en la Sierra.

Las fuerzas patriotas se hicieron fuertes en el Callao y, a instancias de las autoridades peruanas, Sucre tomó el mando y al no disponer de tropas importantes, se mantuvo en la posición. Posteriormente, el 17 de julio, las fuerzas realistas abandonaron Lima por disposición del virrey, para enfrentar en la Sierra a las fuerzas del general Andrés de Santa Cruz.

El 7 de agosto de 1823 Simón Bolívar se embarcaba en el bergantín Chimborazo y el 1 de septiembre arriba al puerto de Callao, donde el presidente peruano Torre Tagle le da oficialmente la bienvenida. Ante la crítica situación, el Congreso peruano le confirió al Libertador, todas las atribuciones legales para conducir la guerra. El primer reto político era someter al rebelde ex presidente José de la Riva Agüero, quien al ser desplazado del poder se había acercado a los realistas y se encontraba en Trujillo, al mando de 3.000 efectivos que conformaban la Legión, el batallón de Tiradores, el batallón No. 1, además de dos escuadrones de caballería. Sin embargo, sus oficiales, al saber que el Libertador había salido para aplacar la rebelión, capturaron a Riva Agüero el 25 de noviembre y con ello, se cerraba la posibilidad de una guerra civil entre los peruanos, lo que hubiese sido fatal. El 20 de diciembre Bolívar entraba en Trujillo y con ello se consolida su liderazgo.

El año 1823 fue muy duro para la causa libertaria en el Perú y en cambio, favorable a las fuerzas realistas; las decisiones tomadas por los caudillos militares peruanos fueron emotivas pero inapropiadas y la causa de la libertad corrió peligro. El general de brigada Andrés de Santa Cruz,[13] por ejemplo, condujo desastrosamente la segunda campaña de Intermedios y después del encuentro de Zepita el 25 de agosto contra las fuerzas realistas, efectuó una desordenada retirada de sus tropas hacia la costa.

"La contramarcha se realiza en forma desastrosa. Desapareció la disciplina; los oficiales desobedecían al general y los soldados a los oficiales; la deserción era vergonzosa, todo era confusión; el ejército dejó de existir y sálvese quien pueda fue la voz general [...] El desastre es completo y Santa Cruz resulta vencido sin pelear. No ha vencido ni ha muerto como prometiera en Lima, al partir" (Crespo, 1979: 52).

El inicio del año 1824 marcó para la causa independentista, la continuación de la difícil situación política y las complicaciones operativas,

13 La actuación de Santa Cruz en esta campaña fue sembrada de dudas y contradicciones; incluso Sucre anteriormente, en una comunicación del 10 de mayo, manifestaba al Libertador sus sospechas con relación al líder boliviano: "Diré a Ud. una voz muy corrida [...] dicen que el general Santa Cruz tiene por objeto en su expedición apoderarse de las provincias del Alto Perú y segregarlas del Perú y de Buenos Aires, formando un Estado separado" (Sucre, 2009: 145).

toda vez que se contaba con fuerzas muy disminuidas. Las fuerzas patriotas estaban conformadas por el ejército de Colombia que contaba con 3.830 efectivos, de los cuales se podía contar con 3.122 disponibles; el ejército del Perú que, sumando las tropas de Santa Cruz y Riva Agüero, llegaban a menos de 3.000 efectivos. Las condiciones en que esta fuerza se encontraba eran preocupantes y las expectativas realistas eran demasiado amplias. La situación, según Albi de la Cuesta, se presentaba así:

> "El Ejército independentista, en efecto, atravesaba entonces por uno de sus peores momentos. El fracaso de las Campañas de Intermedios había diezmado a las unidades, y su moral se había además resentido por la disidencia de Riva Agüero, [...] Las tropas peruanas habían perdido sus mejores hombres en las desdichadas operaciones de Santa Cruz. Las argentinas estaban muy debilitadas [...] En cuanto a los colombianos, experimentaban todas las dificultades inherentes a operar en una tierra desconocida. Eran unos 6.800 hombres. [...] El Ejército realista, por su parte, estaba exultante por sus recientes triunfos y se hallaba bien provisto de todo lo necesario [...]. Sus componentes, en gran mayoría indios de la sierra, realizaban de forma casi rutinaria marchas asombrosas, que convertían a aquellas unidades en las más maniobreras de ese teatro de operaciones. [...] El ejército del virrey era, sin duda, excelente. Tenía la ventaja de que los soldados se encontraban en su hábitat natural y que los jefes contaban con muchos años de guerra." (Albi de la Cuesta, 2019: 399,400).

A pesar del auspicioso inicio de año para los realistas, surgió un evento que prácticamente salvó a la causa libertaria; comenzaron a salir a la luz problemas internos entre los mandos españoles, debido a que mientras el virrey La Serna y los generales Canterac y Valdés eran de una línea republicana, constitucional y habían sido nombrados durante el Trienio Liberal,[14] en cambio otros eran absolutamente monárquicos, como es el caso del mariscal Pedro de Olañeta, jefe militar del Alto Perú, quien era contrario al ideario liberal español y se sentía incómodo al estar subordinado a Valdés, general en jefe del Ejército del Sur.[15]

Contrario al virrey, Olañeta abandonó Oruro, ocupó Potosí el 4 de enero y se adueñó de la Caja Real, utilizando los fondos para pagar lo adeudado a sus tropas. Esta disputa interna constituyó un duro golpe a las fuerzas realistas, toda vez que, en su mejor momento, fraccionaron sus fuerzas. El historiador peruano Mariano Paz Soldán (1869), describía así, la situación presentada:

14 En el período comprendido entre 1820 y 1823, España inició a partir del golpe militar del coronel Rafael del Riego y Flórez, que impuso un régimen constitucional, sobre la base de la Constitución de Cádiz de 1812, obligando al rey español Fernando VII a realizar reformas sociales y políticas. El período concluye el 1 de octubre de 1823, cuando el rey anuló las reformas y retomó el gobierno monárquico de carácter absolutista y antiliberal.

15 Olañeta se habría convencido de que el virrey De la Serna intentaba construir un Estado liberal en el Perú; además, como el rey Fernando VII, se había pronunciado sobre la invalidez de lo actuado en el periodo constitucional, el no reconocía los nombramientos como virrey ni los de los mariscales Valdés y Canterac como generales de los Ejércitos del Sur y del Norte, respectivamente".

"Las fuerzas realistas contaban con aproximadamente 18.000 hombres disciplinados y motivados por sus recientes victorias; 4.000 de ellos integraba la división del mariscal Olañeta, con las guarniciones de Santa Cruz de la Sierra y Charcas, 3.000 efectivos bajo el mando del mariscal Jerónimo Valdés conformaban el ejército del Sur, desplegado entre Puno y Arequipa, 8.000 hombres integraban el ejército del Norte, comandados por el mariscal José de Canterac, 1.000 efectivos cubrían la guarnición del Cuzco y 2.000 asignados a otras tareas".

El virrey De la Serna había previsto emplear una fuerza de aproximadamente 12.009 efectivos para iniciar la campaña contra las fuerzas del Libertador.[16]

Estos planes fueron trastocados con la rebelión del mariscal Olañeta, lo que obligó a un inmediato empleo de Valdés con su Ejército del Sur y se inmovilizó el dispositivo de ataque contra el Libertador.

Los efectos inmediatos fueron favorables ampliamente para que las fuerzas patriotas se recuperen y cambie la situación estratégica. El propio secretario del Libertador, concluía lo siguiente:

> "Si los enemigos [...] después de los graves y trascendentales sucesos del mes de Febrero hubieran marchado sobre el Libertador, SE. se habría visto en la dolorosa precisión de cederles el país, [...] Por una feliz casualidad, las diferencias suscitadas entre el Virrey y el General Olañeta, paralizando el curso de los sucesos, llamó la atención de los enemigos hacia el Alto Perú. [...] Por este evento inesperado, existen aún las tropas de Colombia" (Paz, 1869: 253,254).

Simón Bolívar aprovechó la situación y se movió con rapidez y decisión; Canterac se enteró tardíamente de la aproximación de las tropas patriotas y para enfrentarlas salió de su base ubicada en Jauja el 1 de agosto con una fuerza conformada por una división de 8.000 efectivos, entre los cuales se contaba con 1.300 de caballería y 9 piezas de artillería.

Cuando las avanzadas informaron que las fuerzas de Bolívar, conformadas por aproximadamente 10.000 efectivos se encontraban en camino a Jauja, tomando el camino de Luricocha, la situación se tornó compleja; el 6 de agosto, en la pampa de Junín se encontraban ya las fuerzas del Libertador.

A las 5 de la tarde se produce la carga de las fuerzas realistas, la cual fue inicialmente exitosa; sin embargo, la arrojada y oportuna acción del primer escuadrón de Húsares del Perú, comandados por el teniente coronel Isidro Suárez, así como el regimiento de Granaderos de Colombia, bajo el mando del mayor Felipe Braun, decidió la batalla. Los realistas perdieron 250 hombres, muertos en batalla y 60 fueron hechos prisioneros; en cuanto a los patriotas, fallecieron 150 bajas, entre muertos y heridos. Canterac, se retiró apresuradamente con lo que quedaba de sus

16 El virrey preveía emplear 6.000 efectivos para cubrir el frente de Salta, la situación interna en el Alto Perú y costa del Sur.

fuerzas hacia Huancayo, dejando en el camino importantes pertrechos bélicos, los cuales fueron aprovechados por los patriotas.

El general inglés Guillermo Miller, al servicio de los patriotas, da cuenta de esta decisiva victoria de Junín:

> "Este triunfo ha sido tanto más extraordinario cuanto que al principio estuvimos completamente derrotados y Canterac ordenó que su infantería avanzara, creyendo que nuestro ejército probablemente ya no existía. La derrota del enemigo ha sido más decisiva de lo que creí. Estoy contentísimo con mi mando: mis soldados son entusiastas al extremo; y sus jefes y oficiales harían honor a cualquiera nación europea. Nunca ha habido en Sud-América un ejército más respetable y mejor organizado, que el que ahora tenemos." (Paz, 1869: 257).

La victoria de Junín fue importante, la estela de Bolívar se proyectaba en el Perú como un vencedor; en lo táctico, la caballería realista dejaba de ser un mito y su prestigio fue afectado definitivamente; la moral de los patriotas estaba en alza y se trastocaban los planes de Canterac, quien comunicaba al virrey que la prioridad pasaba a ser el contener a Bolívar. Después de lo ocurrido en las pampas de Junín, los generales españoles ya consideraban la probabilidad de una derrota. La Serna auxilió a Canterac, con 1.500 efectivos, mientras Valdés retornaba apresuradamente de las sierras del Alto Perú.

A finales de octubre, las condiciones climáticas habían variado y no era posible continuar operaciones. El Libertador, triunfante y con una mayor confianza en sus tropas, regresó a Lima, a finales de octubre, para atender otras prioridades y dejó a cargo del ejército a Sucre, quien, ubicó su dispositivo entre Andahuaylas y Abancay, convocando además a un consejo de guerra, conformado por los generales Antonio José de Sucre, José de La Mar, Jacinto Lara y Guillermo Miller, para analizar la situación, después de la batalla.[17]

En el desarrollo del consejo, el general Miller insistió en la importancia de atacar inmediatamente, antes de que Canterac se reorganice y reciba el refuerzo de las tropas del mariscal Valdés; este curso de acción recibió el apoyo de los generales Lamar y Lara; sin embargo, se concluyó que era imperativo respetar lo dispuesto por el Libertador y que los realistas seguramente reforzarían su dispositivo en torno a su capital, el Cuzco. (De la Barra, 1973: 186)

En el transcurso del mes de noviembre, las fuerzas realistas se habían reorganizado en Agchas y el propio La Serna asumió el mando, colocando al mariscal Canterac como jefe del Estado Mayor General; se conformaron 3 divisiones de infantería comandadas por los mariscales Jerónimo

17 Una de las razones más importantes para que Bolívar retorne a Lima, fue el conocimiento de la ley que el Congreso de Colombia había expedido, por instancias de su vicepresidente el general Francisco de Paula Santander, el 28 de julio y que afectaba al Libertador. En este documento, se derogaba las facultades extraordinarias que tenía, como presidente en campaña militar, restringiendo su libertad de acción y decisión.

Valdés, Juan Monet y Alejandro Gonzales Villalobos, respectivamente; la caballería estaba bajo el mando del brigadier Antonio Ferraz y la artillería estaba a cargo del brigadier Fernando Cacho. La fuerza contaba entonces con 14.000 efectivos de infantería, 1.500 jinetes y disponía de 14 piezas de artillería e inició sus operaciones el 22 de octubre; cruzó el río Apurimac y alcanzó posteriormente Mamará, el 31 de octubre, con la intención de cortar las comunicaciones entre las fuerzas libertarias y Lima.

En el ejército de Sucre, se había recibido el refuerzo del Batallón Caracas y de los escuadrones de Dragones de Venezuela y de Guías de la Guardia. Mientras tanto, Bolívar agotaba todas las instancias para lograr el inmediato auxilio de refuerzos desde Colombia y su mando comenzaba a experimentar problemas por las deficiencias en la comunicación con el ejército desplegado en la Sierra, en especial porque muchas poblaciones eran hostiles a los patriotas; así mismo, eran frecuentes los combates entre avanzadas de patriotas y realistas en las proximidades de Lima, debido a que esta capital estaba en disputa y su situación era precaria.

El 18 de noviembre, la vanguardia realista alcanzaba las inmediaciones de Huamanga,[18] rodeando al dispositivo de Sucre, el cual, de acuerdo a las órdenes del Libertador, mantuvo a su ejército unido, pese a los riesgos que se presentaban. En este sentido, el 25 de noviembre el general Tomás Heres, ratifica a Sucre la orden dada por el Libertador: "S.E. me manda a hacer a US. las siguientes observaciones o indicaciones. 1º. Que no divida US. nunca el ejército… las bajas que este tenga no las podemos nunca reemplazar […]" (Paz, 1869: 263). Esto se daba también porque la capacidad de movilidad de los realistas era muy superior a la de los patriotas.[19] Sucre en cambio "se ocupaba de dirigir su ejército con toda la destreza de un valiente soldado y con un tino y prudencia que ha merecido el elogio y admiración de sus mismos enemigos" (Paz, 1869: 269).

Ayacucho. Llega la conclusión estratégica.

Entre el 14 y 19 de noviembre, Sucre había concentrado las tres divisiones que conformaban el ejército libertador en el área general de Talavera-San Jerónimo-Andahuaylas, estableciendo sus avanzadas contacto con elementos realistas que se dirigían hacia Huamanga y que habían alcanzado ya el río Pampas. Con ello, las fuerzas patriotas caían en cuenta que las fuerzas de Canterac se encontraban ya a su retaguardia y les habían cortado las comunicaciones con Lima.

A inicios de diciembre, la situación operativa se tornaba complicada para los dos bandos desplegados en la región de Huamanga; ninguno de

18 San Juan de la Frontera de Huamanga corresponde a un sitio ubicado en el centro sur peruano, no distante del Cuzco y de valor geoestratégico por sus connotaciones militares y culturales.

19 Como Sucre reconocía, sus operaciones dependían de los movimientos enemigos, ya que mientras las tropas españolas marchaban a un promedio de 30 leguas al día, los soldados patriotas no podían más de 8 leguas (Paz, 1869: 264).

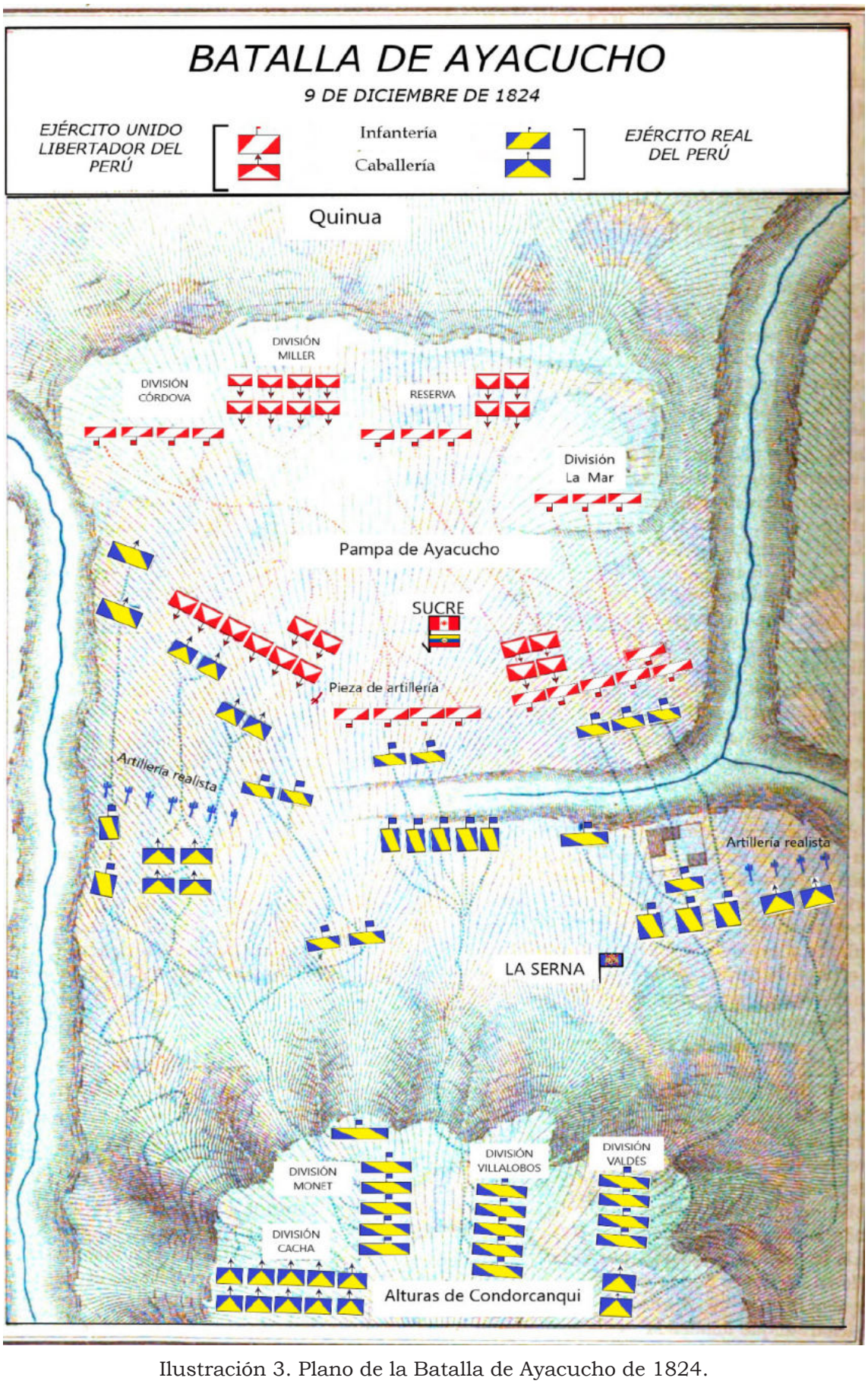

Ilustración 3. Plano de la Batalla de Ayacucho de 1824.
Autor: Modificado de: M.F Paz Soldán. Grabado: Erhard. Fuente: (Paz, 1869)

ellos podría ya rehuir o dilatar la batalla decisiva. Por una parte, el ejército de Sucre estaba cercado por las tropas realistas que tenían mayor capacidad de maniobra, mientras que La Serna estaba presionado por sus oficiales para atacar y, además, empezaban a tener una importante escasez de abastecimientos.

El día 3 de diciembre, el mariscal Gerónimo Valdés entra en combate en Colpahuaico con los batallones Vargas y Rifles, parte de la División de Reserva de Sucre, produciéndoles serias bajas; el batallón Rifles perdió la tercera parte de sus tropas,[20] pero en cambio se salvó el resto de la división y el propio ejército, gracias al valor e inteligencia de su comandante, el coronel irlandés Arthur Sandes y a la acertada conducción operativa del general Lara (Borrero, 1924: 393).

A partir de esta acción de armas, las fuerzas realistas adquieren mayor confianza y deseos de entrar a decidir la batalla; es así como desde el día 4 despliegan cinco batallones y cuatro escuadrones para forzar el combate, a pesar de las dificultades del terreno. Sucre soluciona este problema operativo con un repliegue muy ordenado, ubicándose en la llanura de Tambo–Cangallo y el día 6 alcanza el área general de Quinua.

La situación del ejército libertador era crítica; las bajas ascendían a 1.200 efectivos y apenas podría contar con una fuerza total de 6.000 hombres y la caballería sus medios logísticos (mulas). Las fuerzas patriotas estaban cercadas; no podían atacar ni retirarse, ya que un barranco las separaba de los realistas y las provisiones se agotaban; los soldados no habían comido desde hace dos días y estaban vestidos con lo que quedaba de sus ropas, ya que el equipo se había perdido o había sido robada por los pobladores que merodeaban el lugar.[21]

El día 6 de diciembre se complica más aún la situación estratégica del Ejército Unido Libertador del Perú, cuando se reciben comunicaciones emitidas desde Lima por Simón Bolívar, en las cuales se confirma que no recibirán refuerzos de Colombia ni Perú, ya que no hay efectivos disponibles. Por lo tanto, se disponía a Sucre que acepte la batalla (Borrero, 1924: 397).

La situación de las fuerzas del virrey La Serna, si bien era tácticamente favorable, en cambio pasaba también por serios problemas, ya que el aumento de raciones para evitar deserciones y compensar las marchas forzadas les pasó factura y habían llegado a una situación crítica en los abastecimientos; además es preciso relievar que las deserciones aumentaban, en especial por la composición de su ejército, en el cual los españoles no alcanzaban el 6% del pie de fuerza.[22]

20 El segundo comandante del batallón Rifles, el mayor inglés Duxbury murió en esta acción, junto con 300 hombres y además 93 efectivos fueron heridos.

21 "Los indios de Huanta, Huancavelica, Chiqueros, Huando y pueblos inmediatos, habían sido inducidos a levantarse contra el ejército libertador, y habían asesinado más de cien enfermos con su escolta" (Borrero, 1924).

22 Según el general García Camba, protagonista militar e historiador de esta campaña (García Camba, 1846: 238), los españoles, no eran más de 500 hombres, de los aproximadamente 7.500 efectivos del ejército realista; los restantes eran indígenas peruanos.

Para el día 8, sin raciones y obligados a atacar, el virrey La Serna se ubicaba en la falda occidental por el cerro Condorcanqui, a tiro de cañón de las fuerzas patriotas, con el imperativo de atacar en el menor tiempo posible, mientras Sucre continuaba con su dispositivo en el sector de Quinua. Entre el cerro y el pueblo antes nombrados, existe una llanura, rodeada de barrancos, que era llamada por los indígenas como Ayacucho, o tierra de los muertos, allí se decidiría el futuro del Perú. (Ver croquis de la batalla).

La situación táctica había cambiado, en la medida en que el terreno había sido aprovechado por los patriotas de mejor manera, compensando las ventajas de movilidad realista; es más, las fuerzas del virrey disponían de un limitado espacio de maniobra; en especial la caballería y artillería resultaban las más afectadas por el difícil terreno; los flancos del ejército libertador estaban asegurados en barrancos y al frente había un reducido espacio de maniobra para la caballería realista. El coronel colombiano José Antonio López, participante de estos eventos bélicos, resaltaba la ventaja adquirida: "He aquí el terreno sabiamente escogido por los generales Sucre y Lamar para que quedáramos infranqueables por la izquierda, merced a la gran cañada, y seguros de no ser envueltos por la derecha, a favor del escarpe al sur de Cundurcunca. Al frente no podría el Virrey La Serna desplegar contra nosotros ni una División de sus nueve o diez mil soldados" (López, 1978: 138).

Las fuerzas patriotas estaban desplegadas en forma angular: a la derecha la división de Colombia, con 2.300 efectivos, comandada por el general José María Córdova, la misma que estaba integrada por los batallones Bogotá, Boltigeros,[23] Pichincha y Caracas. A la izquierda, la división peruana bajo el mando del mariscal José de Lamar, con 1200 efectivos en los batallones N^{os}. 1, 2 y 3 del Perú y la Legión Peruana, con los húsares de Junín. En el centro se ubicaban la legión y los húsares de Colombia, con 200 jinetes, bajo el mando del general Guillermo Miller, con los batallones colombianos de Rifles, Vencedores y Vargas, manteniendo en la reserva a la primera división de Colombia bajo el mando del general Jacinto Lara con 1.800 efectivos.

La artillería, como manifestaba el coronel López: "Nuestra ridícula pero certera artillería, constante de una sola pieza de montaña" (López, 1978, pág: 140), se ubicaba entre las divisiones de los generales Lara y Córdova. El general Agustín Gamarra se desempeñaba como jefe del Estado Mayor General del Ejército Unido Libertador.

El 9 de diciembre, a las 8 de la mañana, en los prolegómenos de la batalla, se dio un hecho curioso, por iniciativa del mariscal español Juan Monet:

> "El general Monet, [...] bajó a la línea patriota, llamó a Córdova, conocido y amigo suyo desde la víspera, y le manifestó que habiendo en el

23 En los documentos de la época, se alternan los nombres del batallón como "Boltigeros" en unos casos y en otro "Voltígeros".

> campo español varios jefes y oficiales que tenían hermanos,[24] parientes y amigos en el republicano, deseaba saber si podrían verse antes de la batalla. El general Córdova le contestó que en su concepto no había inconveniente [...] habiéndoselo comunicado al general Sucre, éste dio al punto el permiso [...] pues la humanidad y la cortesanía lo encontraban en su terreno lo mismo que la guerra" (López, 1978: 143,144).

A las 9 de la mañana, fueron llamados al puesto de mando realista los comandantes superiores españoles para recibir las disposiciones sobre la conducción de la próxima batalla. Según los planes del mariscal Canterac, segundo al mando y jefe del Estado Mayor general, la concepción de la maniobra estaba pensada para que el mariscal Jerónimo Valdés iniciaría el ataque con los cuatro batallones ubicados a la vanguardia, dos escuadrones de húsares de Fernando VII, y cuatro piezas de artillería, rompiendo el ataque por el sector derecho para presionar sobre el flanco izquierdo de las fuerzas patriotas. Por el centro debía actuar el mariscal Monet, descendiendo con sus cinco batallones hacia el borde del barranco que dividía el campo de Ayacucho y quedar en condiciones de reforzar la acción de las unidades de Valdés. Por la izquierda, la división de González Villalobos,[25] tendría la misión siguiente: con un batallón proteger el despliegue y emplazamiento de las piezas de artillería y quedar en condiciones de atacar el flanco derecho de Sucre. El batallón de Fernando VII debía permanecer en la reserva, ya que sus condiciones eran muy limitadas y en sus proximidades, dos batallones de Gerona constituían la primera reserva, mientras el segundo batallón del Imperial Alejandro, se unía a la línea de combate.

A las 10:30 horas, el mariscal Monet se presentó nuevamente en la línea de las fuerzas patriotas, llamó a su amigo, el general Córdova y le indicó: "general, vamos a dar la batalla". Enterado de esto, "Sucre picó en el acto su caballo castaño obscuro para recorrer los cuerpos del Ejército, deteniéndose al frente de cada uno, les dirigió una breve arenga" (López, 1978: 151).

Aproximadamente a las 10 de la mañana, según lo planificado, el ejército del virrey La Serna inició su acción ofensiva, logrando los primeros objetivos, sin embargo, el excesivo, imprudente e incontrolable arrojo de sus comandantes, incidió muy temprano en la batalla; el coronel Rubin de Celis atacó temerariamente, ante lo cual las fuerzas del general José María Córdova respondieron y neutralizaron el ataque, quedando destruidas las unidades realistas.

---

24 Uno de los hechos que más llamó la atención fue el ocurrido entre los hermanos Tur: "El Brigadier español don Antonio Tur, [...] se nos abalanzó en demanda del teniente coronel Vicente Tur, del Estado Mayor peruano, hermano suyo y como seis años más joven. Encontrándolo al punto, lo apostrofé con tono acerbo:" hermanito mío cuánto siento verte cubierto de ignominia". "Yo no he venido a que me insultes, y si es así, me voy," le contestó Vicente, y dándole la espalda ya se iba, cuando Antonio corrió tras de él y abrazándolo lloraron estrechados largo rato" (López, 1978: 144).

25 El mariscal de campo, posteriormente teniente general Alejandro González Villalobos, en los documentos oficiales de la batalla consta su apellido como Gonzales.

General Antonio José de Sucre

General Jacinto Lara

Teniente General José de Canterac

Mariscal Jerónimo Valdés

Ilustración 2. Notables protagonistas de la campaña y batalla de Ayacucho: general de división Antonio José de Sucre, general de brigada Jacinto Lara, teniente general José de Canterac y mariscal de campo Jerónimo Valdés. Fuentes: Sucre (Arturo Michelena, Cámara de Diputados del Congreso de la Republica de Bolivia). Lara: (https://www.trendsmap.com). Canterac:(https://cehmp.files.wordpress.com/.) Valdés: Autor: C. Legrand. (E.M. del Ejército Español, 1852: 45)

Posteriormente, cuando el general Sucre observó la maniobra precipitada del mariscal Monet, dispuso que la caballería restante y la división del general Lara, ataquen decididamente, mientras la división del general Córdova estaba empeñada favorablemente en combate, en el flanco izquierdo.

Ante el ataque decidido y exitoso de las fuerzas patriotas, La Serna y Canterac acordaron atacar con sus tres escuadrones de caballería, siendo repelidos por los lanceros colombianos, quedando en el campo de batalla los cadáveres de la mayor parte de los jinetes españoles. En esta situación y para alentar a sus tropas que estaban en peligro, el virrey La Serna "se lanzó denodado entre las tropas batidas; pero no consiguieron más sus nobles esfuerzos que …verse arrollado, recibir seis heridas de bala y arma blanca […] y quedar por último prisionero." (García Camba,1846). Esto incidió negativa e inmediatamente en la moral de las tropas del virrey.

El mariscal Jacinto Valdés, mientras esto sucedía y como estaba imposibilitado visualmente de observar lo que pasaba en la mayor parte del campo de batalla, debido a lo irregular del escenario, estaba empeñado favorablemente en combate con la división peruana del general La Mar. Pasado el mediodía, la mayor parte del ejército real del Perú estaba destruido y los sobrevivientes habían sido capturados o se encontraban en fuga; En la tarde, el teniente general Canterac reunió a los comandantes y anunciaba que "Perú estaba perdido".

Lo que quedaba de las fuerzas de La Serna, en franca huida y bajo el mando de Canterac, se habían concentrado en los sitios altos y al caer la tarde, el general La Mar, enviado por Sucre, se presentó ante ellos para otorgarles una propuesta de rendición decorosa.

El teniente general José de Canterac y el mariscal de campo José de Carratalá, comparecieron en el puesto de mando del general Antonio José de Sucre, en representación del derrotado ejército real del Perú, para efectos de revisar las condiciones del armisticio. Posteriormente Canterac nombró al mariscal Jerónimo Valdes y al general Andrés García Camba para que participen en la elaboración de los términos finales.

El documento de capitulación firmado por Sucre y Canterac, el 9 de diciembre de 1824, en el cuartel general del ejército patriota, en el campo de Ayacucho, establecía entre otros aspectos:

"Don José Canterac, teniente general de los reales ejércitos de S.M.C., encargado del mando superior del Perú, por haber sido prisionero en la batalla de este día el Excmo. Señor Virrey Don José de La Serna, […] llenando en todos sentidos cuanto ha exigido la reputación de las armas en la sangrienta jornada de Ayacucho y en toda la guerra del Perú, he tenido que ceder el campo a las tropas independientes; y debiendo conciliar a un tiempo el honor a los restos de estas fuerzas con la disminución de los males del país, he creído conveniente proponer y ajustar con el señor general de división de la república de Colombia, D. Antonio José de Sucre,

comandante del ejército unido libertador del Perú, las condiciones que contienen los artículos siguientes: 1º. El territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú, será entregado al ejército libertador… 2º. Todo individuo del ejército español podrá libremente regresar a su país, y será de cuenta del Estado del Perú costearle el pasaje, guardándole entretanto la debida consideración… 11º. La plaza del Callao será entregada al ejército unido libertador… 15º. Todos los jefes y oficiales prisioneros en la batalla de este día quedarán desde luego en libertad, y los mismos los hechos en anteriores acciones por uno y otro ejército. […] Dados, firmados de nuestras manos, José Canterac – Antonio José de Sucre" (García Camba, 1846: 377-380).

Debido a la capacidad y arrojo demostrado al mando de sus respectivas divisiones. Fueron promovidos en el campo de batalla, al grado de generales de división, Jacinto Lara y José María Córdova. Mientras tanto, el Congreso del Perú le otorgó a Antonio José de Sucre el grado de gran mariscal y le designó comandante general de los ejércitos; así también, la ciudad de San Juan de la Frontera de Huamanga[26] fue cambiada de nombre por el de Ayacucho.

El capitán Manuel Antonio López, protagonista de esta batalla y connotado historiador militar colombiano, resumía lo crudo de esta victoria:

> "Grandes fueron en Ayacucho los trofeos de la muerte y el dolor, vencedores de ambas partes en todas las batallas. Rara vez el hombre, la más artificiosa y dañina de todas las fieras, habrá destruido o inutilizado mayor cantidad de vidas en un choque de quince o treinta minutos. […] En proporción al número de combatientes y considerado el cortísimo tiempo que duró, no recordamos un conflicto más cruento en la historia. De 9.310 realistas, de los cuales sólo 6,000 usarían sus armas, quedaron 1.800 muertos y 700 heridos, total 2.500; y de 5.780 independientes, unos 500 muertos y 609 heridos; total 1.109, y de ambas partes 3.609 o casi un tercio de 11.000 combatientes." (López, 1978: pág. 176).

Al presentar las consecuencias de esta decisiva batalla, es importante tomar en cuenta las perspectivas de los vencedores y vencidos; solo así se puede clarificar lo que este evento significó para el Perú, Suramérica y para el mundo. Si bien la ejecución y desenlace de este hecho de armas fue muy estudiado y criticado en los años posteriores, es difícil realizar un análisis si no se tiene claro las dificultades de los comandantes militares de los dos bandos en disputa, los cuales actuaron en un escenario hostil, en condiciones logísticas críticas, enfrentados a problemas de deserciones, hostilidad de los pueblos circundantes y, en los dos casos, con la certeza de que no recibirían ningún tipo de refuerzo y apoyo.

Lo que si estaba claro es que tanto el ejército libertador, como el realista, estaban comandados por brillantes oficiales que no sólo evidenciaban su capacidad técnica y táctica, sino también una ejemplar valentía,

26 Fundada por el conquistador español Francisco Pizarro, en abril de 1540 y que, en diciembre de 1824, después de la batalla, cambió su nombre por Ayacucho.

convicción, profesionalismo y que combatieron siempre orgullosos de sus banderas. Muchos de ellos fallecieron en este enfrentamiento e incluso el propio virrey De la Serna recibió varias heridas cuando se empeñó directamente en combate. Quizás, el aspecto diferencial lo constituyó la serenidad y brillante conducción operativa del general de división Antonio José de Sucre, el mismo que transformó las debilidades en fortalezas al aprovechar el escenario y manejar adecuadamente las dimensiones de espacio y tiempo en la campaña y en la batalla.

Con esto concluye un período más de la atribulada y compleja historia suramericana; se sellaba la independencia de los países andinos; sin embargo, el futuro inmediato estaba lleno de dudas y dilemas, en especial por la difícil construcción de las nuevas naciones, condicionadas por caudillos ávidos de poder y con deseos irrefrenables por gobernar las nuevas naciones, asentadas en extensiones territoriales difusas.

Referencias bibliográficas

- Albi de la Cuesta, J. (2019). *Banderas olvidadas. El Ejército español en las guerras de Emancipación de América.* Madrid: Desperta Ferro Ediciones.
- Basadre, J. (2014). *Historia de la República del Perú (1822-1933) Tomo I.* Lima: Producciones Cantabria S.A.C.
- Bolívar, S. (1822). *Documento 7030 . Carta de Bolívar para Santander, Cuartel General de Loja.* Obtenido de Archivo del Libertador. "Cartas del Libertador". (Fundación Lecuna), tomo III, págs. 307-308, 11 de octubre de 1822. http://www.archivodellibertador.gob.ve/escritos/buscador/spip.php?article6952
- Bolívar, S. (2009). *Doctrina del Libertador* (Tercera edición ed.). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Borrero, A. (1924). *Ayacucho.* Cuenca: Consejo Municipal de Cuenca.
- Chust, M. (2010). El laberinto de las independencias. En M. Chust, *Las independencias iberoamericanas en su laberinto. Controversias, cuestiones, interpretaciones* (págs. 13-28). Valencia, España: Publicacions de la Universitat de València.
- Crespo, A. (1979). *Santa Cruz. El cóndor indio* (Biblioteca digital andina ed.). La Paz: Librería y Editorial "Juventud". Obtenido de chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=http%3A%2F%2Fintranet.comunidadandina.org%2Fdocumentos%2FBDA%2FBO-CA-0014.pdf&clen=965436&chunk=true
- De la Barra, F. (1973). *Colección documental de la Independencia del Perú. Tomo VI Asuntos Militares* (Vols. 9. Reimpresos de Campañas 1823 - 1826). Lima. doi:https://hdl.handle.net/20.500.12934/139
- De Madariaga, S. (1979). *Bolívar II Victoria y desengaño* (2da. Edición ed.). Madrid: Espasa- Calpe S.A.
- E.M. del Ejército Español. (1852). *Estado Mayor del Ejército Español, historia individual de su cuadro en los años de 1851 a 1856.* Madrid: Establecimiento Tipográfico a cargo de Ramón Santacana.
- García Camba, A. (1846). *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú.* Madrid: Sociedad tipográfica de Hortelano y compañia.
- Kohan, M. (2003). El enigma de Guayaquil. El secreto de la Argentina. (U. o. Iowa, Ed.) *Variaciones Borges: revista del Centro de Estudios y Documentación Jorge Luis Borges*(16), 35-44.
- López, M. (1978). *Recuerdos históricos del coronel Manuel Antonio López, ayudante del estado mayor general Libertador Colombia y Perú 1819-1826.* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Colección general. J.B. Gaitan.
- Mitre, B. (1890). *Historia de San Martín y de la Emancipación Sud-americana Tomo III* (Segunda edición ed.). Buenos Aires: Félix Lajouane.
- O´Donnell, H. (2021). De Huamanga a Ayacucho. *ABC Opinión*, 9 de septiembre de 2021, pág. 3.
- O´Leary, D. (1919). *Gran Colombia y España (1819-1822).* Madrid: América, Sociedad Española de Librería.
- Orrego , J. (2012). El final del Perú borbónico: de San Martín a Bolívar. En M. Chust, & I. Frasquet, *La Patria no se hizo sola. Las revoluciones de las independencias iberoamericanas* (págs. 229-254). Madrid: Silex, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- Orrego, J. (2012). El final del Perú borbónico: de San Martín a Bolívar. En M. Chust , & I. Frasquet, *La Patria no se hizo sola. Las revoluciones de las independencias iberoamericanas* (págs. 229-254). Madrid: Sílex® ediciones S.L.
- Paz, M. (1869). *Historia del Perú Independiente. Segundo período (1822-1827) Tomo I.* Lima: Impresa en el Havre, en la Imprenta de Alfonso Lemale.

- Quirós, M. (1831). *Colección de Leyes, Decretos y Ordenes publicadas en el Perú desde su Independencia en el año de 1921, hasta 31 de diciembre de 1830 T.I.* Lima: Imprenta de José Masías.
- República de Colombia. (1840). *Cuerpo de leyes de la República de Colombia que comprende todas las leyes, decretos y resoluciones dictadas por sus congresos desde el de 1821 hasta el último de 1827 .* Caracas: Imprenta de Vantín Espinal.
- Signoli, F. (1978). San Martín en Lima. Proclamación y jura de la Independencia Peruana: Crónicas y testimonios directos. (U. N. Litoral, Ed.) *Universidad 90*, 277-291.
- Sobrevilla , N. (2021). "Las campañas a los puertos intermedios y la fase «peruana» de la independencia. *Revista de Indias* (LXXXI/281), 115-141. doi:https://doi.org/10.3989/revindias.2021.004.
- Sucre, A. (2009). *De mi propia mano.* Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, Colección Clásica, No 90.
- Thibaud, C. (2002). Formas de guerra y construcción de identidades políticas. La Guerra de Independencia (Venezuela y Nueva Granada 1910-1825). (I. d. (IEPRI), Ed.) *Análisis Político*(14), 34-43.
- UIS. (2008). *Actas de formación de juntas y declaraciones de independencia (1809-1822) Tomo II Reales Audiencias de Quito, Caracas y Santa Fe* (Colección Bicentenario ed.). (I. Quinteros, & A. Martínez, Edits.) Bucaramanga: Dirección Cultural UIS.
- Vernaza, C. (1894). *Recopilación de documentos oficiales de la época colonial, con un apéndice relativo a la independencia de Guayaquil y a las batallas Pichincha, Junín, Ayacucho y Tarqui.* Guayaquil: Imprenta de la Nación.